

## Texto 1.

“Una moral sin fundamentación, es decir, un mero moralizar, no tiene eficacia alguna, porque no está motivado. Pero una moral obrada por motivos no puede producir efecto más que actuando sobre el amor propio, y todo lo que procede del egoísmo carece de valor moral. De lo que se infiere que la moral no puede producir la verdadera virtud, así como en general ningún conocimiento abstracto puede producirla. La virtud no puede nacer del conocimiento intuitivo que nos revela en los demás la misma esencia que en nosotros.

(...)

El hombre justo no hará padecer jamás a un semejante suyo para acrecentar su propio bienestar, es decir, que no cometerá crímenes, respetando siempre los derechos y la propiedad de los demás.

(...)

De aquí resulta que para el justo el principio de individualización no es, como para el malvado, un muro de contención absoluta, pues no afirma, como aquél, su propia voluntad, negando todas las demás, ni las criaturas son a sus ojos meros fantasmas de esencia diferente a la suya, sino que por su conducta demuestra que reconoce su propia esencia, a saber: la voluntad de vivir como cosa en sí en los demás, es decir, que se reconoce a sí mismo en ese fenómeno hasta cierto grado, a saber: el que consiste en no cometer injusticia, o sea en no hacer daño a nadie. Su mirada traspasa entonces en la misma medida el principio de individualización, el velo de Maya, en cuanto considera que la individualidad de los demás es igual a la suya y no la perjudica.

(...)

Hemos visto que el sentimiento espontáneo de lo justo tiene su más íntimo origen en un cierto grado de superación del *principium individuationis*, en tanto que el hombre injusto permanece cautivo en él. Esta superación puede llegar a un grado mucho mayor que el necesario para la justicia y que dispone a la benevolencia y a la beneficencia positiva, a la caridad, y esto cualquiera que sea en sí la fuerza o la energía de la voluntad en un individuo. El conocimiento podrá en este caso equilibrar la voluntad, enseñándola a resistir

a la tentación de obrar mal y aun produciendo todos los grados de bondad hasta la resignación. Por consiguiente, no ha de pensarse que el origen de la bondad es una voluntad débil, más débil que la del malo, sino que la inteligencia domeña en él los impulsos ciegos del querer. Es verdad que hay muchos cuya bondad no es sino la manifestación de un carácter débil, pero pronto se descubre lo poco que valen en la imposibilidad que muestran de hacer un esfuerzo considerable sobre sí mismos cuando de realizar un acto de justicia o una buena obra se trata.

(...)

Mientras que para la mayoría de los hombres esta diferencia es tal, que para el malvado el dolor de otro es motivo directo de alegría y para el injusto un medio bueno para trabajar en su propio bienestar, mientras que el hombre meramente justo se limita a no causar dolor y la mayor parte de los hombres ven junto a ellos innumerables criaturas que padecen, sin decidirse a socorrerlas, porque tendrían que imponerse ellos mismos alguna privación, y mientras para ellos la diferencia entre su persona y la de los demás es inmensa, para aquel noble carácter que imaginamos, es casi nula; el *principium individuationis*, la forma fenoménica, no le tienen tan fuertemente esclavizado, sino que el dolor que ve en los demás le afecta casi tanto como el suyo, por lo mismo trata de establecer el equilibrio con sus semejantes y renuncia a placeres y se impone privaciones, para aliviar los males ajenos. Siente en su interior que la diferencia que le separa de los demás y que al malo le parece un abismo, es debida a un fenómeno pasajero y engañoso; conoce inmediatamente y sin necesidad de emplear razonamiento alguno que el en sí de su propio fenómeno es también el de los demás, a saber: aquella voluntad de vivir que constituye la esencia de todas las cosas y que vive en todas ellas y que se extiende a los animales y a toda la naturaleza, por lo que se abstendrá de atormentar alas mismas bestias.

Tan imposible le será dejar perecer a otro mientras él posee lo necesario y hasta lo superfluo, como a cualquiera privarse del alimento diario para tener al día siguiente más de lo que puede consumir. Pues para aquel que ejerce la caridad el velo de Maya se hace transparente y el engaño del *principium individuationis* se desvanece. En cada ser y por consiguiente, en todo el que

sufre se reconoce a sí mismo, a su ser, a su voluntad. Entonces comprende todo lo absurdo de la voluntad de vivir que se ignora a sí misma y que goza en un individuo voluptuosidades efímeras e ilusorias, mientras que en otro soporta el dolor y la miseria, que es su propio verdugo, sin ver que, como Tieste, se alimenta de su propia carne; que por un lado se queja de su ingrata suerte y por otro, sin temor a la Némesis, comete toda clase de crímenes, sólo porque no se reconoce en el fenómeno ajeno, desconociendo la justicia eterna y porque, esclava del *principium individuationis*, está sometida al conocimiento regido por el principio de razón. La práctica de la caridad y de las buenas obras es la abjuración de las ilusiones y espejismos de Maya. El amor es el signo inconfundible de este conocimiento.

(...)

Si bien otros autores establecen principios de moral en calidad de proyectos o leyes, a los cuales es preciso someterse, yo, como ya dije, no puedo hacer lo mismo, pues a una voluntad eternamente libre no puedo imponerle ley alguna. Pero en el curso de esta obra he desarrollado una verdad teórica que puede, en cierto modo, desempeñar un papel parecido a la de esos principios de moral. Y esta verdad es que la voluntad es la esencia de cada fenómeno, pero que en cuanto voluntad pura está emancipada de las formas del fenómeno, y, por consiguiente, de la multiplicidad. Verdad que en relación con la conducta no encuentra otra expresión más elevada que la que dan los *Vedas*, y que ya cité. *Tat Twam asi* (Éste eres tú). El que se la asimila con claro conocimiento y con firme persuasión y la aplica a todas las críticas que encuentra en su camino poseerá *ipso facto* la fuente de toda virtud y de toda felicidad y estará en camino de salvación”.

Schopenhauer, *Ética de la piedad*